

El hombre que hace reír

MONÓLOGO REPRESENTABLE

(Sale Juan, hombre feo, mal trajeado y ridículo, cuya presencia causa risa. Primero pasea suspirando. Luego, con lágrimas en la voz, le dirige la palabra al público.)

JUAN. — ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... Buenas noches, señores... No había reparado en ustedes... ¡Ay!... No había visto que... no había visto que... *(Rompe á llorar.)* Perdón, señores. Ustedes no se explicarán estas lágrimas. Yo soy el hombre más desgraciado de la tierra. *(Solloza.)* Y este es mi gran tormento: que dondequiera que lo digo, todo el mundo se ríe de mí. ¿Es que tiene gracia, por ventura, que yo sea desgraciado? ¡Ay, ay, ay! *(Saca un pañuelo en armonía con su pelaje.)* ¿Qué? ¿Qué? ¡Ah! el pañuelo. ¿Ven ustedes? Otro cualquiera saca su pañuelo para enjugarse el llanto, é inspira lástima. Saco yo el mío, y en mis propias barbas se han reído ustedes del llanto, del pañuelo y de mí. ¡Ay! Estoy acostumbrado. Desde niño, soy el hazmerreír de la gente. Ya en la escuela me pusieron un apodo los chiquillos: *Berenjena*. *Berenjena* me llamaban todos. El mismo maestro llegó á llamármelo también. Por... *(Se toca la nariz.)* Yo comprendo que es una nariz desproporcionada, desaforada, horrible, si quieren ustedes: pero, ¿la elegí yo? ¿Qué culpa tengo de ella? ¿Iba yo, cuando me dí cuenta de su tamaño y fealdad, á llamar á capítulo á mi padre y á mi madre y á decirles: «Vamos á ver, ¿se

hace esto con un hijo?» Además, hubiera sido inútil. En mi casa era yo el ceniciento. Tenía un hermanito mayor que era precioso: sonrosado, rubito como un ángel. Para él eran caricias y golosinas y juguetes: los trabajos y las malas caras para el niño feo. El niño feo era yo. Sí por cierto; era horrible. Con los años me he corregido mucho. De verdad. Harto de aquella tremenda injusticia con que me trataban mis padres, me fui de mi casa resuelto á no volver y á ganarme la vida como pudiera. Recordé que tenía un buen amigo que era pintor, y lo primero que discurrí fué ir á ofrecerme á él para modelo. Se está riendo todavía. Sin embargo, cuando algunos días después le obligué á que me viera desnudo, batió palmas y me copió. Con la cara vuelta, naturalmente. Miren si es desdicha: un soberbio cuerpo de gladiador, coronado por esta cara. Y dondequiera que me presento se fijan en la cara no más, se ríen de ella, y no pueden tener ni siquiera una mirada de elogio para el cuerpo de gladiador. Terrible desventura, ¿no es cierto? ¿Por qué ha de ser mi eterna compañera la risa de mis semejantes? Al decir semejantes no he querido decir que se me



parezcan; Dios me libre; he nombrado como suele hacerse á mis prójimos. Y mis prójimos me ven, y se rien, y me oyen, y se rien, y les cuento mis amarguras, y se rien. ¿Qué más? Me preguntan mi nombre: «¿Cómo te llamas?» «Juan, contesto yo. Me llamo Juan.» Porque me llamo Juan. Y la risa es el primer comentario. Y cualquiera de ustedes, señores míos, se llama Juan y á nadie le hace gracia. Y yo me llamo Juan y todos son á sorprenderse y á reírse: «¡Se llama Juan! ¡Se llama Juan! ¡Ay, que se llama Juan! ¡Se llama Juan!» Me llamo Juan; pero ciertamente no veo por qué ha de ser gracioso que yo me llame Juan. ¡Oh! La risa de los demás ha llegado á ofenderme y á herirme con sus agravios como una bofetada. Si yo fuera un hombre feliz, nada se me daría de ella; riéranse de mí todos en buen hora, y yo tan contento. Pero si soy una criatura desventurada, si la desgracia se enamoró de mí, como dijo... como dijo...—bueno, no me acuerdo ahora de quién lo dijo — ¿es posible que yo oiga con paciencia al cabo de mis años y de mis dolores que sólo el eco de la risa responde á mi voz? No, no es posible; compréndanlo ustedes. Un momento de seriedad; compréndanlo. Y si me prometen no reír al oírme, yo les contaré, para desahogo de mi alma, por qué suspiraba y gemía y lloraba al llegar aquí. ¿Prometido? Bien. Mil gracias.

¡Ay!... Yo, señores míos, soy casado. Ahora pueden reírse; esto no deja de tener alguna gracia. Soy casado, y mi mujer es hermosísima. Sí, sí; hermosísima, muy hermosa, aunque lo duden, aunque se rían una vez más; muy hermosa. Palabra de honor. Bueno, pues... ¡Ay, Juan! No vas á tener valor para confesarlo... Mi mujer, señores... — me cuesta, me cuesta violencia la revelación — mi mujer, señores... ¡Las cosas de la vida!... (En voz muy queda.) Mi mujer hace siete meses que me engaña. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es cosa de risa también que mi mujer me engañe hace siete meses? No, no por Dios; no avíen mi dolor, señores.

En mi casa, en la pobreza de mi casa humilde, había un rayo de sol que todo lo doraba: la virtud de mi esposa, y su alegría y fortaleza de espíritu para conllevar humanamente la escasez y el hambre. Y había un rayo de luna, que, con su luz suave y blanca, nos acariciaba dulcemente á mi esposa y á mí: Margarita, hija de mi alma, bella como su madre, buena como yo. No se rían ahora. Dos años há, quedé yo sin empleo, y día y noche busqué trabajo en todas partes con doloroso afán, y en parte alguna lo encontré: mi catadura inspiraba desconfianza y risa. ¡Risa! ¡La risa siempre! Un hombre que pide trabajo para llevar pan á los suyos, y causa risa. ¿Se concibe mayor desgracia? Entré en mi casa la miseria cuando más hubiera podido aterrarme; cuando Margarita se trocó de niña en mu-

jer, y hubiéramos su madre y yo querido rodearla de todos los encantos del mundo.

Una mañana, mi mujer salió y volvió al mediodía con dinero. «¿Qué es esto?», hube de preguntarle. «Que he encontrado trabajo en un taller», me respondió. «Alegrémonos todos.» La creí. ¡Era tan buena! Este hecho se repitió dos veces, tres, quince, veinte. Yo estaba ciego: yo tenía una venda en los ojos. Ayer, de improviso, se me cayó la venda, y vi con luz clara. ¡Oh! ¡Qué dolor más hondo y más cruel! (Se seca las lágrimas.) Margarita, la hija de mi alma, la flor cuya pureza temía yo empañar aun con mi propio aliento, se escapó de mi casa con un hombre. Por grotesca que sea la mueca con que el dolor desfigure más de lo que siempre lo está mi rostro feo, yo les pido que no se rían de mí en este instante. Pídelo, señores, á cada uno, por ese gran cariño que cada uno llevará oculto en su corazón.

Al conocer la tremenda desgracia, salí despavorido á la calle, rastreando loco las huellas de mi hija y dispuesto á hallarla aunque fuera en las mismas entrañas del infierno y á llevarla otra vez conmigo. Un buen camarada con quien topé me detuvo con estas palabras: «¿Adónde vas, Juan? Siempre fuiste un pobre demonio. ¿Qué ha de hacer tu hija, respirando el aire que respira en tu casa? Tu mujer te lleva dinero de un taller, y ese dinero no se lo debe á su trabajo, sino á tu deshonor. Pregúntaselo al amo del taller, que la enamora mucho tiempo hace.» Y se echó á reír, y la gente que acaso pasaba también rió, y no faltó quien dijo: «¡Es Juan! ¡Si es Juan! ¡Es el hombre que hace reír!» Yo sentí un frío que me pareció el de la muerte, y una angustia que era la muerte misma; la muerte de algo que se moría dentro de mí. Empecé á andar con rumbo á mi casa, mas no como quien va impulsado por una voluntad, sino como quien va á merced de un aire siniestro. ¡Ay mi rayo de sol y mi rayo de luna...! Había observado yo que algunas veces, cuando mi esposa volvía del taller, antes de besar á la niña en la frente, con su propia mano se limpiaba fuertemente la boca como si algo le estorbara en ella para besarla. Y anoche, cuando después de la trágica revelación torné á entrar en mi casa, donde ya no estaba mi hija, hallé á su madre sola... ¡Oh!... ¡Qué espanto! La palidez de su semblante aterraba; en sus negros ojos, fijos en mí, y agrandados por el estupor, había una ráfaga de demencia; y sus manos, crispadas y convulsas, martirizaban cruelmente sus labios, queriendo arrancar de ellos lo que en ellos no había. «¡Yo fui! ¡yo fui!», gritó desesperada al verme. «¿Tú? ¿Qué fuiste tú?» «¡Yo fui! ¡yo fui!» «¿Qué fuiste tú?» «Yo fui, me dijo, la que contaminó su frente pura al besarla con mi boca manchada; yo fui la que infiltró en su casta frente

pensamientos de vicio. ¡Yo fui! ¡yo fui!» Y seguía con sus manos nerviosas destrozándose y ensangrentándose aquella hermosa boca culpable. ¡Pobre pecadora! ¡La empujó el hambre á la deshonra, y enloqueció por creer que la huella y el germen de sus besos impuros llegaron á contaminar de impureza la divina frente de una niña!...

Esta es, señores, la historia triste, más triste que todas las historias del mundo, de



este pobre hombre que hace siempre reír. Y como ustedes son dichosos y yo no lo soy, y en este momento no se ríen, yo me llevo el consuelo de esta atención piadosa, les dejo con su dicha... y me voy por el mundo en busca de un compañero desventurado como yo, mísero como yo, quien al oír el cuento de mis tristezas y amarguras halle en él alivio para las suyas propias y llore conmigo. Buenas noches.

S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO.



LA CABAÑA

Cuadro de Luis Menéndez Pidal.



EN contraposición de la sublime generosidad y de la abnegación cristiana; como antítesis amarga de la caridad divina, del noble desinterés, de la inefable humildad, de todo delicado afecto, en suma, que nos impulsa á jubilarnos con la alegría del prójimo y á compiadarnos de sus infortunios, nace la devoción á la propia persona, el brutal egoísmo desdeñador de cuanto deja de reportar positiva ventaja ó personal beneficio.

Es egoísta el sér irracional por interior estímulo del instinto de conservación, por el natural impulso que le induce á buscar el placer y á huir del dolor. El hombre, en cambio, cultiva el egoísmo por meditado cálculo, del cual deduce que el culto del YO, la práctica diaria del monstruoso egoísmo, es infinitamente más fácil, más útil y más provechosa que el generoso desapego á la propia conveniencia.

Forman legión los mortales que, agrupados bajo la inequívoca divisa *primero yo, luego yo y siempre yo*, hacen del egoísmo cómodo preservador de disgustos, convirtiéndole en eficacísima panacea contra los duros contratiempos que suele originar el uso de la evangélica máxima *ama á tu prójimo como á ti mismo*.

Á tan piadoso mandamiento oponen los egoístas la cruel doctrina de que *la caridad bien entendida empieza por uno mismo*, arguyen que *primero son mis dientes que mis parientes*, preconizan que *cada palo aguante su vela*, procuran *arrimar el ascua á su sardina*, opinan que *cuidados ajenos matan al asno*, *se echan un nudo al corazón*, y *jancha Castilla!*

Contiene el léxico del egoísta multitud de sentencias, máximas, dichos y refranes, que bajo hipócrita máscara unos y franca y desembozadamente sinceros otros, acusan su indiferencia y malsanos sentimientos.

Ahí me las den todas denota, sin ambages ni circunloquios, cuánto les interesan las ajenas desgracias; *allá vayas, rayo, en casa de Tamayo*, no revela, ciertamente, el más entrañable afecto hacia la familia que, por fuerza del consonante, queda, sin

apelación, condenada á sufrir las iras del fuego celeste; *á rey muerto, rey puesto*, consigna la grave preocupación que les causa el rápido y fácil reemplazo de objetos y personas desaparecidas; *¡allá nos espere muchos años!*, patentiza claramente los vehementes deseos de *reunirse* lo más tarde posible con el sér que deja de existir; *mal ajeno, de pelo cuelga*, denuncia que cada quisque siente sus males sin importarle gran cosa los ajenos; y *el hartado, del ayuno no tiene cuidado ninguno; primero es el hospital de la Sangre que el de la Caridad; el vestido no tiene duelo del desnudo; poco os duelen, don Jimeno, estocadas en cuerpo ajeno; el muerto al hoyo y el vivo al bollo; ¡el que muere, descansa!*, y *al prójimo contra una esquina*, constituyen, con la antigua y jamás derogada *ley del embudo*, el más socorrido Código de usos y costumbres ruines y mezquinas.

Luis XV, aquel famoso monarca francés, autor de la pintoresca frase *après moi le déluge*, la cual, libremente traducida, no es otra que la vulgarísima castellana *el que venga atrás, que arree*, representa el prototipo histórico del gran egoísta á quien no se le da un higo del género humano en cuanto deja de servir á sus propósitos.

¡Après moi le déluge!..... ¡Sálveme yo, y que se hunda el mundo!.....

La frasecita regia no tiene malicia ni desperdicio. Es, por sí sola, todo un sistema filosófico con aspiraciones á divinizar la existencia del YO.

Sin necesidad de recurrir á la historia ni á extrañas tierras en busca de estos monstruosos casos de egoísmo, puedo permitirme la complacencia de ofrecer al pacienzudo lector un edificante ejemplar genuinamente nacional y contemporáneo:

Habitaban, no hace muchos años, en Madrid, conjunta y fraternalmente, dos amigos muy íntimos, á quienes procedo á bautizar con los nombres de Rafael y Baltasar, en recuerdo de los inseparables personajes de la antigua y aplaudida zarzuela *La diva*.

Entre los dos héroes de esta verídica narración

existía la más absoluta identidad de gustos y costumbres, interrumpida, únicamente, en las primaveras, durante la breve temporada en que Valencia primero, y más tarde Aranjuez, envían á la Corte su aromática fresa. Nuestros excelentes amigos no habían logrado jamás ponerse de acuerdo acerca del modo más agradable de prepararla ó aderezarla, pues mientras Rafael se parecía por la naranja, como aditamento exquisito del fruto rojo y fragante, declarábase Baltasar enemigo acérrimo de la tal mescolanza, llegando á convenir entre ellos, á fin de no contrariarse en cosa tan fútil y sencilla, que la fresa, antes de serles servida, había de prepararse separadamente y por partes iguales: una mitad, con naranja, para Rafael, y la otra mitad, con leche, para Baltasar.

Acercábase una tarde el término de la comida de los dos amigos, cuando de repente Baltasar se levantó vacilante de su asiento, para inmediatamente caer desplomado al suelo, víctima de fulminante apoplejía. Lanzóse, aterrado, Rafael á socorrerle; llamaba acongojado á los sirvientes, que se encontraban en la habitación inmediata, y al advertir la presencia del primer criado que acudió á sus angustiosos gritos, díjole precipitadamente:

— Ramón, hoy, ¡toda la fresa con naranja!

.....
.....
.....

— ¡¡¡Egoístas!!!

ANTONIO GARRIDO.



UN RATITO DE RECREO

De fotografía.

LA MODA ELEGANTE

MADRID, 30 DE AGOSTO DE 1910.

AÑO LXIX.—NÚM. 32.

ADMÓN.: CALLE DE PRECIADOS, 46.



(Modelos Ney y Paquin.—París.)

☉ Trajes y sombreros. ☉

(Fotografía de Manuel.—París.)

AÑO LXX

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3;
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

